

(37)

ninguna otra medida podia tomarse, tanto por la falta de recursos como porque de un momento á otro debía encargarse del mando de aquellas fuerzas el general de division D. Juan Tello Anaya. Este señor efectivamente recibió el mando de aquellas tropas; pero apenas muy bien nuestras tropas que el 2 de Febrero se celebró un tratado de paz entre las dos naciones beligerantes, y que se acordó en consecuencia un armisticio general, entre tanto que la representación nacional de una y otra ratificaban, como después se verá, el tratado de Guadalupe.

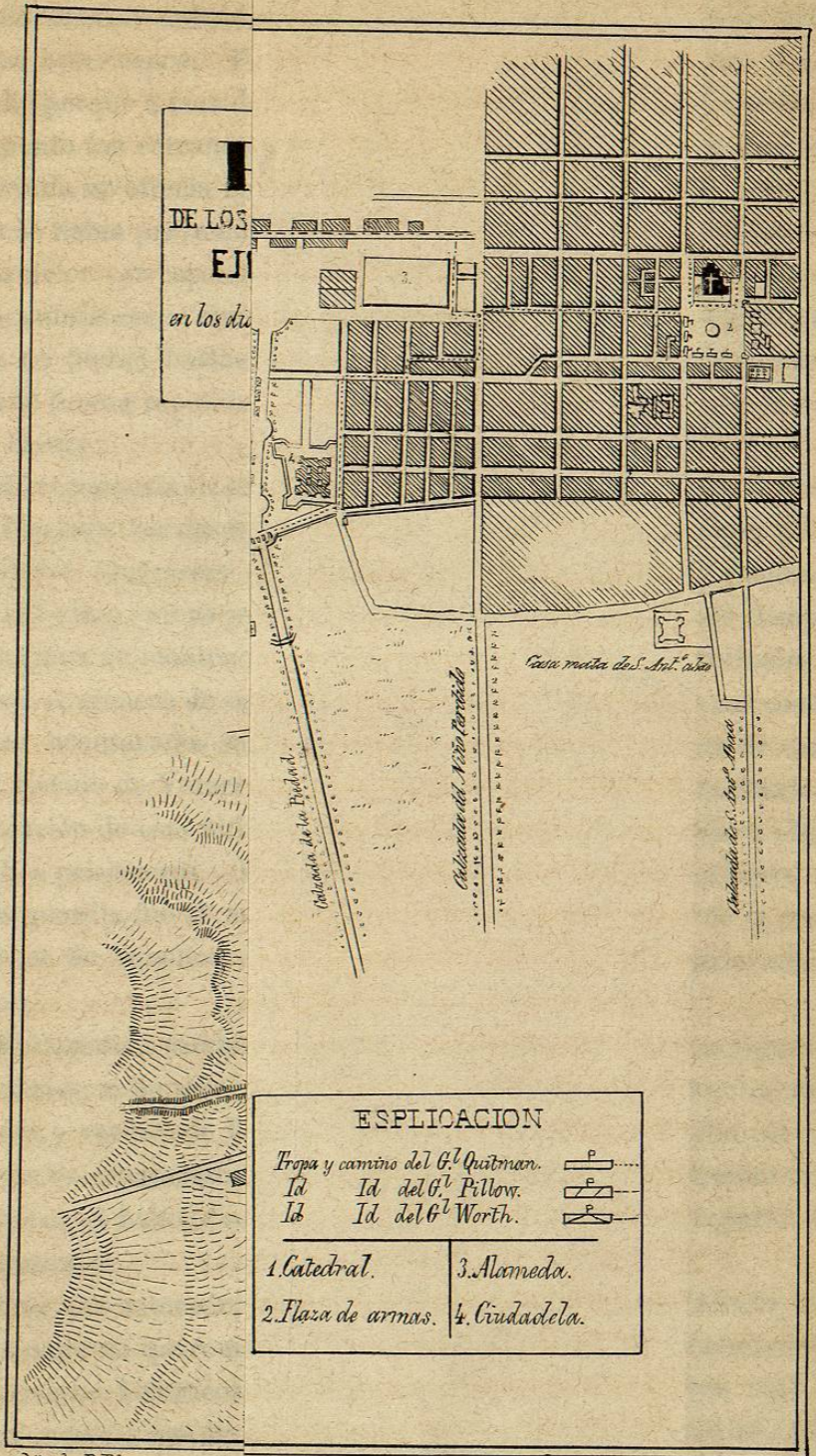
CAPITULO XXIX.

INVASION DE LA HUASTECA.

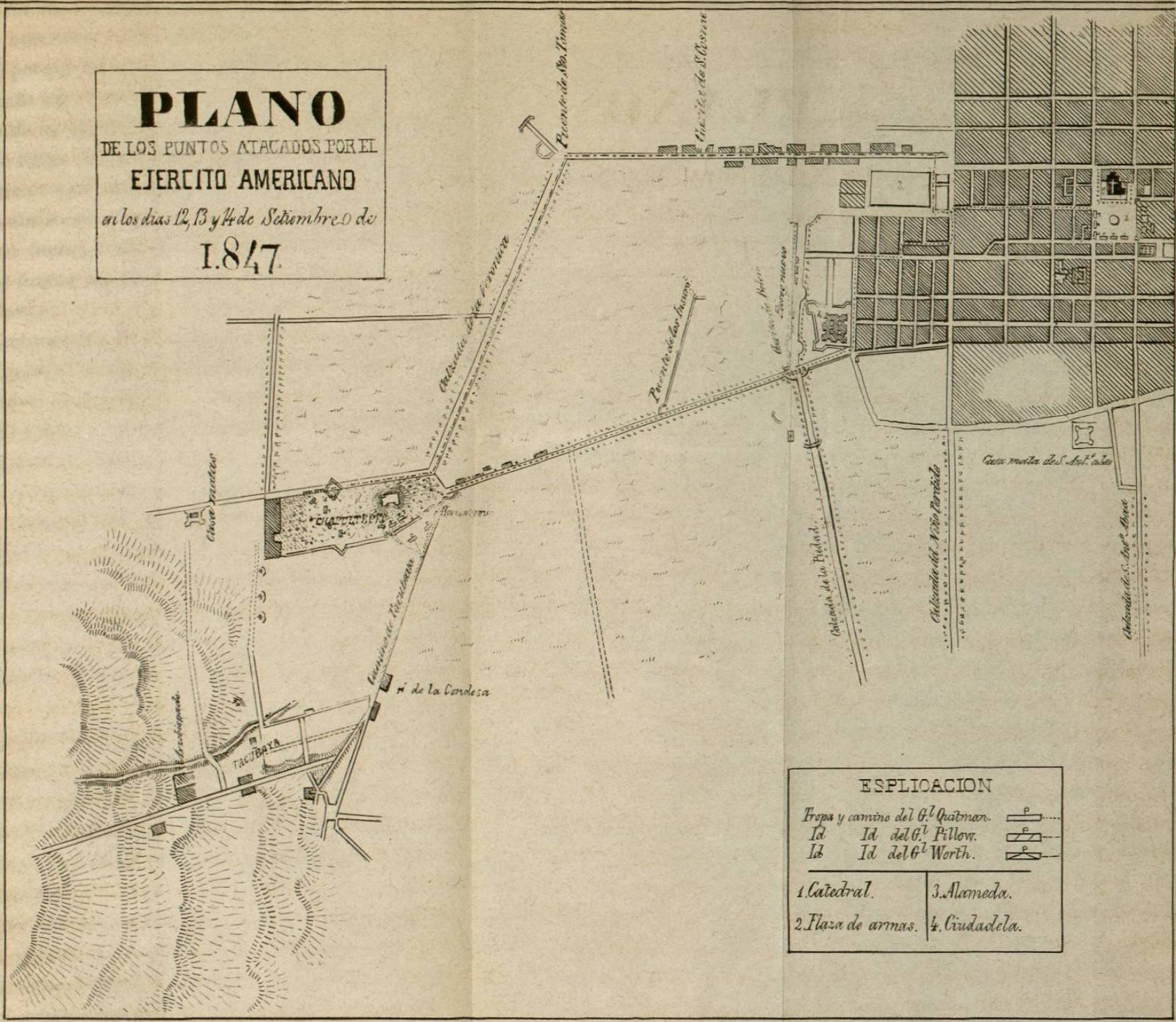
ACCION DEL CALABOZO.

Desde que el supremo gobierno tuvo noticia de la evacuacion de Tampico, conoció la importancia de situar en las inmediaciones de dicha plaza un cuerpo de tropas que vigilase los movimientos del enemigo, y pusiera á la Huasteca al abrigo de sus incursiones. Con este objeto fué creada la línea militar de Huejutla, cuyo mando se confirió al general D. Francisco de Garay.

Las graves atenciones de la guerra agotaban los recursos del gobierno, é hicieron insuficientes los que pudieron facilitarse al espresado general para el sostenimiento de su línea. Muchas fueron las dificultades que este general tuvo que vencer para cumplir debidamente con su comision; pero procurando conciliar los ánimos, buscó en el patriotismo de los habitantes del pais, y en el celo y cooperacion de las autoridades locales, el medio de allanarlas, y tambien el de triunfar mas adelante de la fuerza enemiga que vino á atacarlo, cuyo suceso es el artículo que nos proponemos describir. Empero, ántes de entrar en sus pormenores, creemos necesario manifestar las circunstancias *verdaderas* que lo motivaron, y la situacion en que se hallaba la línea militar en aquellos dias.



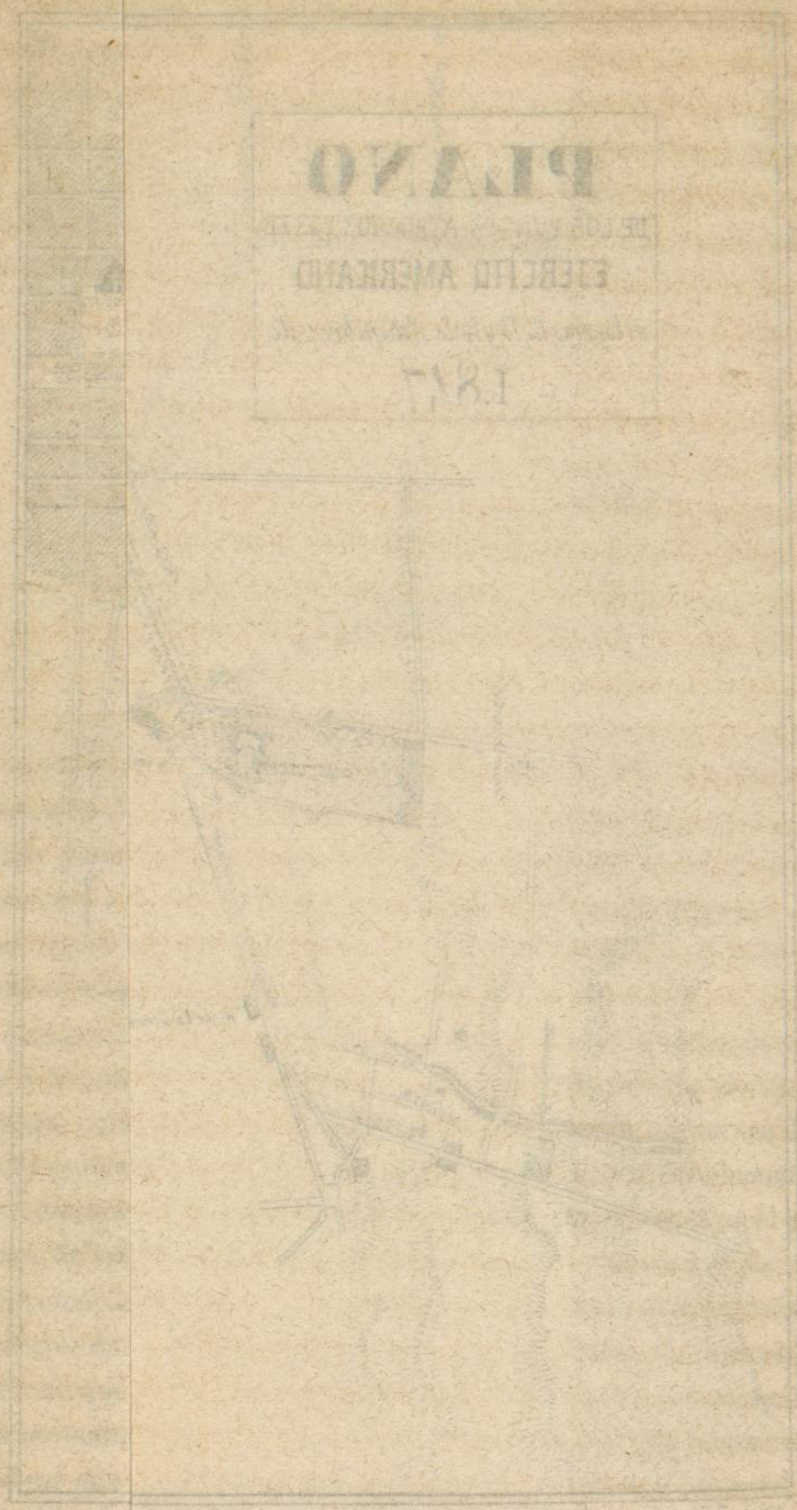
PLANO
 DE LOS PUNTOS ATACADOS POR EL
 EJERCITO AMERICANO
 en los días 12, 13 y 14 de Setiembre de
 1.847.



ESPLICACION

Tropa y camino del 6. ^o Quetzalten.	
Id Id del 6. ^o Pailon.	
Id Id del 6. ^o Worth.	

1. Catedral.	3. Alameda.
2. Plaza de armas.	4. Ciudadela.



Estábamos en el mes de Mayo del año de 1847, cuando el gobierno de México ordenó la remision á Huejutla de doscientos prisioneros americanos. Pensamiento fué este verdaderamente desgraciado, porque á mas de la impolítica de destinar á estos hombres á un punto tan cercano de una plaza fuerte ocupada por los enemigos, Huejutla no ofrecia ningun modo de conservarlos con la seguridad que se habia prevenido, porque carecia de edificios adecuados, de la guarnicion correspondiente, y de los medios necesarios para atender á su subsistencia; circunstancias todas que no ignoraba el gobierno, y que no fueron bastantes para hacerle variar su resolucion, despues que le fueron repetidas y mas ampliamente esplayadas por el general Garay.

Efectivamente, como hemos asentado al principio, la línea militar de Huejutla fué desde su creacion poco ó nada considerada por los cuidados superiores que absorbian la consideracion del gobierno, y de allí vino, que no pudiendo soportar los pueblos por mas tiempo el gravámen de mantener á sus espensas á las Guardias Nacionales que hasta el número de ochocientos hombres habian estado con anterioridad acantonados sucesivamente en Tantoyuca, cabecera de canton del Estado de Veracruz, y en Huejutla, prefectura del de México; la poblacion de esta última se hallaba sin defensa al ingreso á ella de dichos prisioneros. Por lo tanto, se hizo preciso improvisarla, y de esta guardia fué el mérito de servir durante el tiempo de la permanencia de aquellos, con eficacia recomendable y sin estipendio alguno.

Faltaríamos tambien nosotros á nuestro deber, como escritores imparciales, si no recordáramos que en tan penosa situacion las autoridades y vecinos de Huejutla proporcionaron de su peculio, sin esperanza de remuneracion, y con sacrificio positivo del sustento de sus familias, el haber diario que durante seis semanas se repartió á los americanos.

A lo que antecede, nos quedan dos reflexiones que añadir, sobre las cuales no queremos llamar la atencion, y solo las presentamos como puntos históricos, para que nuestros lectores formen acerca de ellas el juicio que les parezca, porque consideramos que los hechos están demasiado recientes para que todos puedan apreciar la impar-

cialidad que nos hemos propuesto seguir al escribir estos apuntes, y porque no hemos olvidado, que hay un juicio que se ha mandado instruir por consecuencia de los hechos de esta guerra, y en que quizá se estimará justo y conveniente tener en consideracion las opiniones que sobre ella se han vertido.

La primera es, que los prisioneros americanos se entregaron en Huejutla como ya *libertados* y en actitud para proseguir su camino hasta Tampico, cuando por otra parte se prevenia al general Garay los conservase en segura custodia y negociara su cange por el del señor general D. Rómulo Diaz de la Vega. Y la segunda, que á la vez que se mandaron dichos prisioneros, se exigió al mismo general Garay que remitiese á México trescientos fusiles de los seiscientos que se le habian dado para la defensa de la estensa línea de su demarcacion.

Por final de este preámbulo, nos queda que decir, que cuando el gobernador de Tampico tuvo aviso de la detencion que sufrían los prisioneros en Huejutla, los reclamó por medio de un parlamento comedido, cuya respuesta, no ménos atenta y circunspecta, le hizo tomar la resolucion de rescatarlos por la fuerza, confiado en el estado de debilidad en que se hallaba la línea para resistir su agresion, y este es el hecho que vamos á referir.

En la madrugada del dia 10 de Julio tuvo aviso el general Garay del alcalde de Pánuco, de que en aquella villa estaban avistados doscientos y cincuenta hombres con dos piezas de artillería que venian á atacarlo. Pocas horas despues lo recibió tambien del prefecto de Ozuluama con referencia á otros de los pueblos de Tampico el Alto y Pueblo-Viejo, en que le participaban que igual fuerza habia pasado el rio en la tarde del dia 8 con direccion al cuartel general, y con ánimo de libertar á los prisioneros.

Amenazado el gefe de la línea por sus dos flancos, y por fuerzas, segun se anunciaban, cuatriplicadas á las que podia oponer para resistir, determinó inmediatamente internar al centro de la Sierra-Madre á los referidos prisioneros, á quienes custodiaron ochenta infantes de la Guardia Nacional de los pueblos de Molango y Zacualtipan, del Estado de México, y cuarenta dragones de los de Tempoal y Chicouamel, pertenecientes al de Veracruz, quedándose en Huejutla el general Garay con veintidos soldados de diversas armas del ejército

permanente. Ni en Ozuluama, ni en Pánuco, ni en Tantoyuca, ni en otro punto de la línea, habia entónces reunida ninguna fuerza militar por la penuria extrema que ya se ha indicado. Por lo tanto, el enemigo no halló estorbos en su marcha, ni en la ocupacion de dichos lugares, aunque despues aquella se organizó con bastante celeridad, de lo que se verá la constancia en los partes del general Garay.

Los prisioneros y su custodia marcharon sin recurso de ninguna clase, y sin mas amparo que la anticipacion de correos, para que los pueblos del tránsito les facilitasen *caritativamente* los auxilios alimenticios necesarios.

En el mismo dia se declaró á Huejutla en estado de sitio, y en hombres de indígenas se puso tambien en salvo el armamento de fusilería sobrante, las municiones de guerra, la artillería desmontada, los archivos de las oficinas y existencias de tabaco y papel sellado.

La escasez de dinero y de armas era infinita; pero la poblacion de Huejutla, Tantoyuca y otras pertenecientes á los Estados de México, Veracruz y San Luis, cooperaron eficazmente, y de una manera, si bien pequeña y en relacion á sus poca poblacion y recursos, al ménos digna de elogio y de que no sea echada en olvido.

El 12 de Junio de 1847 el general D. Francisco Garay se puso á la cabeza de cosa de ciento cincuenta hombres de milicia nacional de la Huasteca, y particularmente de Huejutla, y de quince ó veinte hombres de línea: saliendo de esta poblacion, atravesó el rio de los Ules, muy crecido á la sazón; se situó en una orilla de otro rio llamado del Calabozo, ordenando de pronto fortificaran ligeramente dos alturas que dominaban el paso, haciendo algunas talas de árboles, y colocando una guerrilla emboscada en la otra orilla del rio, con objeto de que pudiese hostilizar al enemigo por la retaguardia.

Aun no estaban ejecutadas estas disposiciones, cuando se avistó el enemigo, que marchaba, aunque con cautela, en buen orden. Constaba la fuerza, á poco mas ó ménos, de cosa de ciento cincuenta hombres, una pieza de artillería y ochenta mulas de carga.

Silenciosamente avanzaron hasta la orilla del rio, y poniéndose un capitán á la cabeza de la guerrilla de vanguardia, emprendieron atravesar el rio. Las fuerzas nuestras, colocadas en la posicion que hemos dicho, dejaron avanzar á las contrarias, y así que éstas estaban

próximas á la orilla, mandó el general Garay romper un vivo fuego de fusilería. Al principio no pareció causar ninguna sorpresa á los americanos; pero herido mortalmente el capitán que los conducía y algunos soldados, retrocedieron velozmente, reuniéndose con su reserva, situada, como se ha espresado, en la otra orilla y frente de nuestras posiciones. En cerca de media hora la inacción fué completa; pero pasada la sorpresa que les causó la firmeza con que fueron recibidos, comenzaron á hacer un vivo fuego de metralla con la pieza de artillería, que era contestado con denuedo.

Observando los enemigos que era imposible desalojar á los valientes ciudadanos que defendían su patria, de las posiciones que habían resuelto defender á toda costa, variaron la dirección de la pieza de artillería y continuaron el fuego. Entónces la guerrilla emboscada cayó sobre el convoy de mulas y lo dispersó; circunstancia que ocasionó la confusión de los americanos y el que emprendieran la retirada, despues de haber perdido un sargento y nueve soldados muertos y ahogados, un teniente y cuatro soldados heridos, y quince prisioneros. Los paisanos, armados en clase de voluntarios, de las cercanías, cayeron también sobre los enemigos que se retiraban, y les quitaron veinte caballos enfrenados, y sobre setenta mulas cargadas de víveres.

Continuó el enemigo su retirada rumbo al Pánuco. Al pasar por Tantoyuca, cometió algunos desórdenes y robos en la población, y continuó sin descanso. El general Garay, cuya constancia y actividad en estos momentos merecen un cumplido elogio, dispuso la persecución de los enemigos, enviando una sección al mando del coronel D. Domingo Jáuregui, y otra á cuya cabeza se puso. Diez leguas fueron perseguidos; pero siendo su marcha tan violenta y no interrumpida, regresó el general Garay del rancho del Horcon, y entró en Huejutla, donde el gozo de los ciudadanos fué igual al patriotismo y recomendables sacrificios que hicieron para repeler esta incursión. Muy poco se ha hablado de este suceso de tan feliz importancia para las armas mexicanas, y nosotros hemos querido consagrarle este pequeño capítulo; deseando tributar el homenaje de nuestro recuerdo á todos los que en esta lucha, generalmente desigual y desgraciada, han sabido portarse con honor y patriotismo.

CAPITULO XXX.

GUERRILLAS.

Desde ántes que comenzara la guerra, la materia general de las conversaciones era el modo como debería hacerse.—Unos eran de opinión que se deberían fortificar todas las gargantas de la Sierra, de manera que los enemigos se encontraran obligados á permanecer en las tierras calientes; otros, que debían presentarse grandes batallas en las llanuras donde pudiera obrar la caballería, y otros que jamás deberíamos presentar acción campal, sino establecer en general el sistema de guerrillas, fatigando al enemigo en su marcha y cayendo sobre él en las buenas oportunidades que los mismos acontecimientos fueran presentando. Cualquiera que sea la fuerza de estas opiniones, la guerra se hizo en los términos que hemos tratado de describir en los capítulos anteriores; y ya cuando Taylor estaba posesionado de Monterey y Scott de Puebla, fué cuando comenzó el sistema de guerrillas, que mucho dió que hablar á los periódicos americanos, y que no dejó tampoco de molestar á los invasores.

Imposible sería que nosotros pudiéramos determinar minuciosamente las operaciones de pequeñas secciones de tropa, que por su naturaleza misma eran variadas y veloces. Nos contentaremos, pues, con señalar los acontecimientos más notables.